



6.006
Obras y Autores

El Mercurio. Stgo. Pgo. 17 de Septiembre de 1967. p.5.

Elio Vittorini: "Las Mujeres de Mesina"

Por HERNAN DEL SOLAR

Entre los buenos y los malos escritores actuales suele oírse la pregunta de por qué se escribe. Buenos y malos libros tratan de responder. Felizmente, los lectores casi nunca averiguan por qué leen. Sus inquietudes están fuera de los libros. Lo que les importa es que éstos no inquieten demasiado.

Entre los escritores que saben lucidamente por qué escriben, uno de los mejores ejemplos podría ser el del italiano Elio Vittorini. Porque lo supo y lo demostró con inteligencia, cultura y sensibilidad, los lectores que tuvo no le abandonaron hasta su muerte. Y agudizarán a su encuentro nuevos lectores. En seguida se ve que Elio Vittorini es un hombre y que la suerte de estos en la vida le importa primordialmente. Escritor y hombre se confunden en él. Cuando esta sucede, en cualquier parte del mundo, ser escritor tiene un noble y útil sentido. No hay lectores apreciables que lo ignoren y desaprovechen.

Muerto en febrero de 1966, su vida y su obra importan a sus contemporáneos. Su vida, por la solidaridad humana que las guía; su obra, por la honradez con que expresa lo que el autor vive interiormente cuando mira hacia la humanidad, la arranca de lo abstracto, la ve concretamente en sí mismo y en cuantos como él van intentando crear un destino en cotidiana lucha con todo lo adverso.

La novela que ahora publica Seix Barral es una de las más importantes y significativas de Vittorini. Además de mostrarlo, como todas las otras, de qué manera el escritor capta la realidad y la enriquece con personalísimas valoraciones, en "Las Mujeres de Mesina" nos revela las exigencias que se impone en la composición de una obra. No se satisface fácilmente con lo hecho. Siempre tiende a mejorar lo escrito. Esta novela, aparecida en 1949, no se vendió en nueva versión hasta 1964, a pesar de que editores italianos y extranjeros se la pidieron con insistencia. Cuando se publica la edición definitiva —que es la que hoy conocemos en español— toda la primera parte ha sido corregida cuidadosamente, y la segunda se ha vuelto a pensar y se ha compuesto de nuevo. Elio Vittorini quiere que el libro refleje con exactitud no sólo sus propios conceptos del hombre y de las cosas, sino la interioridad profunda de los personajes en determinadas circunstancias. La honradez del novelista no se limita a conseguir la mayor verosimilitud posible, a hacer sentir la realidad de cuanto constituye la novela. Quiere que sus páginas no sean un eco fiel de la vida; le importa que sean la vida misma. Sólo así la novela ensancha su dimensión, adquiere atmósfera duradera, que el tiempo no descompone.

"Nunca aspiré a escribir libros —manifestó una vez—; mi intento ha sido siempre el de escribir el libro". Esas palabras explican cómo, para él, vida y literatura no se apartan, no van en volúmenes distintos, componen un mismo libro, que es necesario vigilar para que su unidad sea válida. Otra declaración suya completa la anterior: "Escribo —declara— porque creo que hay una verdad por decir; y si paso de una cosa a otra no es porque una sea más o diversa que decir, sino porque me parece que algo que en la verdad está en continuo cambio requiere que la manera de decirlo se renueve constantemente". Así, pues, de libro en libro, lo que Vittorini quiere expresar es esa verdad cambiante y única que va de viaje por el tiempo y los más diversos lugares, misteriosamente aislada en el espíritu de cada hombre.

En "Las Mujeres de Mesina", la verdad que se busca está como entre ruinas y en medio de la disolución de paisajes y de almas señala hacia ciertos deberes que han de realizarse cuando todo parece irremediablemente acabado. Nos encontramos en 1943. Ha terminado la gran guerra. Italia está destruida. No hay hombre o mujer que no lleve en sí esta destrucción. Pero no es posible echarse a la sombra de una idea desesperada de la vida.

Es imprescindible mirar valerosamente el porvenir, hacerse de entereza, y construir un destino en el cual se pueda, nuevamente, creer que la felicidad no es inalcanzable.

La guerra ha puesto la marca de la desgracia en tierras y nombres. Debe recomenzar a vivir cada día. Pero existe la poderosa obligación de no permanecer inactivo, de poner todas las fuerzas materiales y del espíritu al servicio de una actividad constructora, de una actividad donde cada hombre sienta que no sólo es responsable de sí mismo sino de los demás. La solidaridad humana ha de levantar en lo íntimo de cada cual, ha de crecer y afirmarse, ha de poner en juego —en la acción diaria, grande y pequeña— sus innumerables posibilidades.

Comienza la novela cuando el pueblo se moviliza hacia la recuperación de lo personal y lo colectivo que se creyó perdido sin vuelta: la capacidad de sufrir sin sentirse derrotado, la alegría de amar, el don del trabajo desinteresado, la organización que da a la vida su equilibrio. "Todo mi pueblo está hoy, desde abril del 45 —leemos— en estos camiones y trenes, y en estas caravanas de hombres a pie con zapatos rotos, con pies vendados, con pies desnudos". El cuadro se extiende, va enlamiéndose de gente de toda condición, de ambos sexos, en marcha no sólo hacia el día que viene, hacia el futuro, sino hacia lo hondo de cada cual, hacia la interioridad secreta, hacia el sentido de ser otra vez un ser humano. En medio de este grupo innumerable, siempre en movimiento, cambiando cada día, alejándose, rehaciéndose, tenemos al personaje que, de cierta manera, contribuye a la unidad del libro. Es el tío Agrippa, antiguo empleado de los ferrocarriles, que ahora viaja incansablemente, va de un punto a otro, en busca de una hija, de su vida, del hombre de mil rostros que, como él, cruzó Italia en persecución de su sino personal y del destino de su tierra. Es un viaje que ya todos conocen. Su historia va de boca en boca. A veces, Vittorini la cuenta y recuenta con humorismo y ternura. Este continuo aparecer y desaparecer de la historia del tío Agrippa va relacionando seres y lugares. A través de este humbrellero con cabeza de gorrión, mirada asustada, traje negro y bufanda que en las noches le tapa la cara, el lector va observando el paisaje, la acción de los hombres, la inquietud y la esperanza. Lo que se cuenta en la novela es la reconstrucción de Italia, no sólo en campos y ciudades, sino en cada uno de sus hombres. Un grupo emprende la tarea. Poco a poco acuden los demás a servir a los precursores, a esos pioneros que trazan el camino.

Vittorini, como en muchas de sus otras novelas, nombra a sus personajes con el rasgo que los distingue: Silbido, Espinas, Huevo de Buey, Una Negra, Carlos el Calvo... Cada cual es mostrado en determinado momento, en una circunstancia dada, queda registrado en la memoria, y luego cada su puesto a otros personajes, que en sucesión vigorosa crean el ambiente, representan la idea de que la vida es interesante interrogación que exige continua respuesta. De pronto, Vittorini, en brusca huida de la realidad novelesca que construye, traza un desahogo lírico que a la vez que lo retrata ahonda el sentimiento de sus personajes. Autor y criaturas suyas enlazan su espíritu, en el que tenemos —por encima de todos los obstáculos— el amor a la vida, la fe en la posibilidad de mejorarla.

Elio Vittorini: "Las mujeres de Mesina" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Elio Vittorini: "Las mujeres de Mesina" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile